

VAMOS a visitar a Manuel Rojas a su casa, una casa que tiene, por fuera, un aspecto sencillo, aunque se la ve rodeada de jardines, silenciosa, y parece que no viviera nadie en ella. Encontramos al escritor leyendo y le manifestamos nuestro propósito de hacerle algunas preguntas sobre su último libro. Accede a ello. Instalados en su escritorio, hacemos nuestra primera pregunta: —¿Puede usted decirnos algo sobre su último libro, "Hijo de Ladrón"?

—Si no es bastante que lo haya escrito —contesta—, responderé a las preguntas que usted me haga.

—¿Cuánto tiempo demoró en escribirlo?
—Alrededor de seis años.

—¿Dónde lo escribió?

—En diversas partes, aprovechando sobre todo mis vacaciones. Aquí, en mi casa, en primer lugar; después, en Villa Alemana, en una chacra que posee ahí un cuñado mío, Jorge López; en El Raco, nombre de un rancho que mi amigo Luis Cuevas Mackenna tiene en el fundo San Juan; en Isla Negra, en casa del músico Alfonso Leng; en la misma Isla Negra; en otra oportunidad, en la casa de Pablo Neruda; en Los Coltrahues, en casa de mi amigo Jesús del Prado; finalmente, en El Quisco, donde lo terminé.

—¿Considera usted que "Hijo de Ladrón" es una novela?

—No podría asegurarlo, ni tengo interés especial en que lo sea. Mi intención no fué escribir una novela, es decir, una obra con un personaje central, una intriga y un desarrollo con tres grados, primero, segundo y tercero. No quería hacer semejante cosa, no porque la desprecie, sino porque sería incapaz de hacerla.

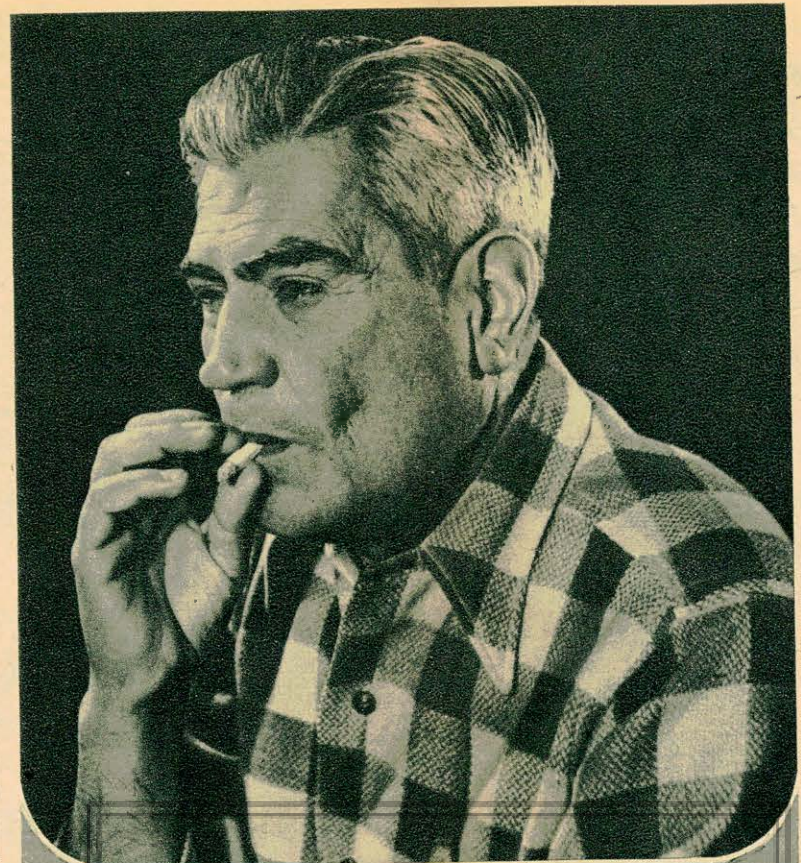
Se levanta y busca un ejemplar de su libro:

—Vea usted. Aquí, en la primera página, se lee: "Es una historia larga y, lo que es peor, confusa. La culpa es mía: nunca he podido pensar como pudiera hacerlo un metro, línea tras línea, centímetro tras centímetro, hasta llegar a ciento o a mil; y mi memoria no es mucho mejor: salta de un hecho a otro y a veces toma los que aparecen primero, volviendo sobre sus pasos sólo cuando los otros, más perezosos o más densos, aparecen a surgir a su vez desde el fondo de la vida pasada." Esto lo explica todo. Es una obra escrita siguiendo o cediéndose a mi temperamento, a mi manera de pensar, de divagar, a mi manera mental, en fin.

—¿Cree usted que su técnica es, como ha dicho Alone, una técnica impresionista?

—Puede que lo sea. Tampoco me afligiré si, al final, resulta que no es impresionista, sino de otra índole, naturalista, por ejemplo, como la ha llamado Benjamin Subercaseaux. Aceptaré como buenas todas las que se propongan.

—Por lo visto usted no se propuso crear una técnica.
—No sé si usted sabe de qué modo un escritor inglés explicaba el porqué otro escritor inglés tenía tan buen estilo: "Es un hombre —decía— que usa, para escribir, la



entrevista a
Centro de Estudios de Literatura Chilena
Manuel Rojas
autor de
'HIJO DE LADRON'
Por Edmundo Concha

menor cantidad posible de palabras, no porque estime que debe hacerlo así, sino porque es perezoso". Ese hombre debía su buen estilo a su pereza. Yo debo mi técnica a mi manera intermitente o simultánea de pensar.
—Explíquenos mejor eso.

—La explicación está en el primer y segundo capítulos de la primera parte de mi libro. Ahí está el secreto, en pequeño. Aniceto Hevia va a sacar libreta de embarque, le piden sus papeles, no los tiene, y le preguntan: "¿Cómo entró a Chile?". Responde: "En un vagón lleno de animales". Esta respuesta le recuerda, en el mismo momento, aquella parte de su vida, y la cuenta a renglón seguido, entre paréntesis, dando a entender así que lo que cuenta es el eco que aquella frase despierta en sus recuerdos. Otro escritor empezaría al revés, contando primero cómo entró a Chile, y cómo, después, fué a sacar libreta de embarque. Esta manera es seguramente buena, pero yo quería seguir la mía, no porque me lo propusiera, sino porque así me salía y así me gustaba más. Y así a lo largo del libro...

—¿Por qué eligió usted esos personajes?

—No los elegí, así como no elegí una técnica ni un estilo. Me dejé llevar por todo, por los personajes, por la técnica y por el estilo.

—Bueno, la técnica y el estilo le brotaron naturalmente, pero pudo usted crear otros personajes.

—Esos personajes no los he creado sino en la mínima parte. Casi todos existieron y existen aún. Me parecería el colmo de la necesidad, en mi caso, repudiar a otros personajes conocidos, vivos y latentes, a cambio de otros desconocidos. Aproveché los que conocía.

—¿Qué se propuso usted al escribir "Hijo de Ladrón"?

—Proponerme no es la palabra. Quise escribir un libro en que pudiera contar algunas experiencias, mías algunas y ajenas otras.

Vuelve a tomar un ejemplar de su libro, y agrega:

—En la página 347 se lee: "Tal es Cristián, y no creas que sea el único, no, hay muchos como él, y todos necesitan vivir, viven, mejor dicho, y hay que aceptarlos como son. Podemos despreciarlos, podemos vivir separados de ellos, pero no los podemos ignorar; se les podría matar, pero otros vendrían a reemplazarlos...". Si algo me propuse en mi libro fué el dejar constancia de que esos seres existen y son de nuestra misma especie. "Nacen miles todos los días —agrega el libro—, y el mal no está, en algunas ocasiones, en ellos mismos: unos nacen así, otros llegan a ser así. A veces algo los salva, a veces no los salva nada." A mi juicio, la sociedad, si es que se precia de civilizada, debería hacer lo imposible por salvarlos a todos. Y puede hacerlo. Si no lo hace es por egoísmo y por

(Continúa en la pág. 36.)